

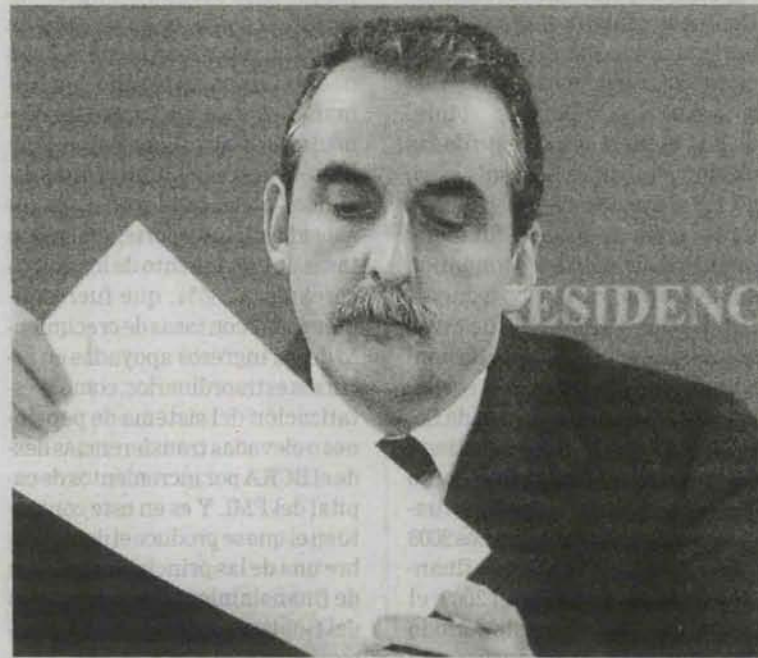


El desempeño exportador argentino en el largo plazo ha sido pobre. En lugar de producir los bienes que mejor se saben hacer y el mundo sabe valorar, se ha decidido subsidiar a pequeños grupos industriales con fuerte presión de lobby. Esto tendrá sus consecuencias en el futuro. Por **Eduardo Fracchia** (*)

La tentación del proteccionismo

La política comercial en la Argentina históricamente ha estado sujeta a gran volatilidad en el frente fiscal, monetario o cambiario. Aunque justo es señalar que la inestabilidad se agudizó en las últimas décadas. En la celebración del Centenario, nuestro país se ubicaba como una de las naciones más abiertas e integradas al mercado internacional. El granero del mundo lideraba a Latinoamérica tanto económica, como social y culturalmente. Pese a que los tributos al comercio exterior eran la base de la recaudación del sector público nacional, sus niveles eran relativamente bajos para los estándares de la época. Sin embargo, tras la crisis del treinta se decidió un golpe de timón. El modelo agroexportador fue reemplazado por una industrialización sustitutiva de importaciones coordinada por un Estado que protegía por la vía de subsidios, de empresas públicas deficitarias y de aranceles y cuotas de importación. La Argentina se cerraba al mundo e ingresaba en el conocido circuito del stop-and-go. Durante el Proceso de Reorganización Nacional la economía se liberalizó y abrió

al mundo, tendencia profundizada por las reformas neoliberales de los noventa. Para entonces, los impuestos al comercio exterior eran reducidos y el Mercosur avanzaba a paso sostenido. La devaluación de 2002 marcó un nuevo punto de inflexión. Aquella Gran Depresión vio renacer las retenciones a las exportaciones y suministró oxígeno a la industria local al ofrecer un tipo de cambio "competitivo". El congelamiento de las tarifas también se constituyó en un aporte del Estado federal a la producción. Pero fue con la reciente crisis internacional que el proteccionismo se volvió a intensificar. Hacia fines de 2008, cuando el conflicto con el campo, la estatización de las AFJP y la crisis financiera aceleraron el proceso de fuga de capitales, el Gobierno decidió la implementación de licencias no automáticas a la importación. Mediante estos procedimientos la administración K buscaba proteger a la industria local pero, fundamentalmente, retener dólares. De cualquier forma, este era sólo el comienzo. Desde entonces se multiplicaron las restricciones tanto formales como informales a la importa-



El secretario de Comercio, Guillermo Moreno, cada vez tiene más trabajo.



DESDE LA CRISIS DE 2008 AUMENTARON LAS MEDIDAS DEL GOBIERNO PARA RETENER DOLARES EN LA ECONOMÍA.



NO SOLO CHINA, BRASIL Y EUROPA TIENEN MOTIVOS PARA ESTAR DE MAL HUMOR. TAMBIEN LOS ARGENTINOS.

ción así como el notable impuesto tecnológico. Se generó malestar en las relaciones con todos nuestros principales socios comerciales.

Pero no sólo Brasil, China y Europa tienen motivos para estar de mal humor. El proteccionismo daña a los consumidores locales que se ven obligados a pagar precios más altos y a los sectores verdaderamente eficientes de la economía pues se desvían recursos a usos improductivos. Por eso, el desempeño exportador argentino en el largo plazo ha sido tan pobre. En lugar de producir los bienes que mejor sabemos hacer y el mundo sabe valorar, hemos decidido subsidiar a pequeños grupos industriales con fuerte presión de lobby. Desde luego, el efecto derrame de estas medidas es muy cuestionable. Bastaría para ello consultar a los cañeros del noroeste, dado que la industria azucarera ha sido tradicionalmente muy beneficiada. Pero, al parecer, el proteccionismo volvió a jugar su papel. Las consecuencias no deberían sorprender.

(*) Director Area Económica del IAE. En colaboración con el investigador Cristian Alonso.